

Me incliné hacia él para levantarlo, y tuve la impresión de que estaba muerto.

LA CAJA OBLONGA

Por EDGAR ALLAN POE

DIBUJOS DE MIGUEL GOMEZ

Hace algunos años, hallándome en Charleston (Carolina del Sur), reservé una cabina para Nueva York en el hermoso navío "Independence", comandado por el capitán Hardy. Debíamos levar anclas el 15 del mes de junio, si el tiempo lo permitía; y el 14 me dirigí a bordo para hacer algunos arreglos en mi cabina. Descubrí que seríamos muchos y que, especialmente, habría más damas que de costumbre. En la lista de pasajeros estaban los nombres de algunos conocidos, y me alegré de ver figurar allí, entre otros, a Mr. Cornelius Wyatt, un joven artista por quien yo abrigaba sentimientos muy amistosos. Había sido mi camarada en la Universidad de C..., donde nos tratamos bastante; tenía ese temperamento que con frecuencia acompaña al genio: mezcla de misantropía, de sensibilidad y de entusiasmo. Agréguese a todo ello un corazón muy afectuoso y fiel.

Noté que su nombre aparecía relacionado con tres cabinas diferentes, y, consultando de nuevo la lista de pasajeros, encontré que había reservado pasajes para él mismo, para sus dos hermanas y para su mujer. Las cabinas eran bastante espaciosas, y cada una tenía dos cuchetas, una encima de la otra. Esas cuchetas, por lo demás, eran tan estrechas, que no podían contener más de una persona; sin embargo, yo no comprendía por qué había reservado tres cabinas para aquellas cuatro personas. Me hallaba, en aquella época, en un estado de espíritu especial, que agudizaba mi anormal curiosidad por los detalles insignificantes; y confieso, para mi vergüenza, que elevé un montón de hipótesis vulgares y grotescas relativas al asunto de la cabina suplementaria. Aquello no me interesaba, desde luego; pero eso no me impidió consagrarme con tenacidad a la solución del enigma. Por fin, llegué a una conclusión tan sencilla, que me asombré de no haber pensado antes en ella: "Es, evidente, para un criado—me dije—. ¿Cómo no se me ocurrió enseguida?"

Y tomé luego la lista: pero allí comprobé claramente que ningún servidor acompañaba a los cuatro pasajeros, aunque se hubiera tenido esa intención, pues las palabras y una criada habían sido escritas al principio para después ser tachadas. Equipaje suplementario, evidentemente, resolví ahora. Maletas que no quiere confiar a la cala, sino tenerlas a la vista. ¡Ah!, ya caigo: un cuadro o algo por el estilo; y es sobre eso que lo vi discutir largamente con Nicolino, el judío italiano. Esta idea me satisfizo, y mi curiosidad, por el momento, se disipó.

Yo conocía muy bien a las dos hermanas de Wyatt, que eran jóvenes, agradables e inteligentes. El se había casado hacía poco, y yo no había visto nunca a su mujer. Frecuentemente habló de ella ante mí con su entusiasmo habitual. La describía como poseyendo una belleza extraordinaria, rara, espiritual y perfecta en todo sentido.

El día que yo visité el navío (el 14), Wyatt y sus compañeros debían también ir (eso, por lo menos, es lo que me dijo el capitán); y esperé en el puente una hora más de lo necesario, con la esperanza de ser presentado a la joven esposa; pero llegó un mensaje: Mrs. Wyatt estaba un poco indispuesta y no subiría a bordo hasta el día siguiente, en el momento de la partida.

Al día siguiente me dirigí del hotel hacia el muelle, cuando encontré en mi camino al capitán Hardy; me dijo que, en razón de las circunstancias (presión estúpida, pero cómoda), creía que el "Independence" no podía levar anclas antes de uno o dos días; y que, cuando todo estuviese listo para la partida, me mandaría avisar. Eso me resultó extraño, pues soplabla una buena brisa del sur; pero siendo las circunstancias las que eran, yo no podía hacer nada mejor que volver al hotel y digerir en el ocio mi impaciencia.

No recibí el mensaje esperado durante toda una semana. Llegó, por fin, y me dirigí inmediatamente a bordo; los pasajeros se apretujaban sobre el barco, y todo el mundo andaba atareado esperando el momento de la partida. Wyatt llegó diez minutos después que yo; eran las dos hermanas, la joven esposa y el artista; este último parecía presa de una de sus habituales crisis de malhumor. Yo lo conocí, sin embargo, muy bien para concederle a eso ninguna importancia. No me presentó siquiera a su esposa, y fué la hermana, Marian—una muchacha encantadora y fina—, quien nos presentó rápidamente. Mrs. Wyatt llevaba un velo muy espeso; y cuando se lo levantó, recibiendo mi saludo, confieso que me sentí profundamente asombrado. Y me hubiera sentido mucho más asombrado aún si una larga experiencia no me hubiera habituado a depositar demasiado confianza en las entusiastas descripciones de mi amigo, el artista, cuando se dejaba llevar en el comentario de los encantos de su mujer. Tratándose de belleza, yo sabía muy bien con qué facilidad Wyatt se remontaba a las regiones del puro ideal.

Mi vieja curiosidad despertó enseguida. Wyatt no tenía criado; eso era seguro. Traté, pues, de ver el equipaje suplementario. En efecto: un poco más tarde, un carrito se detuvo en el muelle, trayendo una caja oblonga de abeto, y nada más que eso. La caja fué transportada a bordo, e inmediatamente después levábamos anclas. Franqueamos la barra, sin inconveniente, y pronto pusimos proa al mar.

He precisado que la caja en cuestión era oblonga; tenía unos seis pies de largo por dos y medio de ancho (la había observado con atención, y me gusta ser preciso). La forma de aquella caja era bastante singular, y en cuanto la vi me felicité por haber estado acertado. Se recordará que mi última hipótesis era que el equipaje suplementario de mi amigo el artista podía ser un cuadro o varios cuadros, pues yo sabía que durante varias semanas estuvo conferenciando con Nicolino; y ahí veía una caja que, de acuerdo con su forma, no podía contener sino una copia de "La Cena de Leonardo". Ahora bien: yo había visto en el negocio de Nicolino una copia de esa Cena, hecha por Rubini el joven, de Florencia. Consideré, pues, que el asunto quedaba resuelto satisfactoriamente para mí, y experimenté cierto orgullo por mi propia perspicacia. Era la primera vez que veía a Wyatt disimularme uno de sus secretos artísticos; evidentemente, había resuelto demostrar su sagacidad haciendo pasar aquel cuadro en Nueva York, casi bajo mis narices y, según creía, sin que yo me diese cuenta. Decidí, de inmediato, tomarme enseguida un buen desquite.

Algo, sin embargo, me fastidiaba: la caja no fué puesta en la cabina suplementaria, sino en la de Wyatt; y permaneció allí, ocupando casi toda la superficie del "parquet", y causando en esa forma al artista y a su mujer muchos inconvenientes, tanto más cuanto que la pintura o el alquitrán con que habían trazado sobre la caja inscripciones en gruesas mayúsculas despedía un olor muy fuerte, desagradable y hasta repugnante. En la tapa estaban pintadas las palabras: "Mrs. Adelaide Curtis, Albany, New York. En casa de Cornelius Wyatt, esq. Con cuidado. Tapa."

Pues bien: yo sabía que Mrs. Adelaide Curtis, de Albany, era la madre de Mrs. Wyatt; pero creía que toda aquella dirección no era sino un engaño especialmente preparado para inducirme a error. Concluí que la caja y su contenido no estaban destinados a ir más allá del taller de mi malhumorado amigo, en Chambers Street, Nueva York.

Durante los dos o tres primeros días de viaje tuvimos buen tiempo, aunque el viento se hubiese dado vuelta al Norte (obligándonos a navegar con más rapidez) en cuanto perdimos de vista la costa. Los pasajeros estaban, pues, de muy buen talante y dispuestos a ser sociables; con excepción de Wyatt y de sus hermanas, que permanecían bastante alejados, y yo me veía forzado a comprobarlo, no demostraban ninguna cortesía hacia el resto del pasaje. No concedí, por lo demás, ninguna importancia a la actitud del mismo Wyatt: estaba preocupado, mucho más preocupado que de costumbre (hasta melancólico); pero ninguna excentricidad de su parte me hubiera extrañado. Por el contrario, yo no podía hallar excusa para sus hermanas: ellas se encerraron en su cabina durante la mayor parte del viaje, y se negaron, a pesar de mis reiterados esfuerzos, a entablar conversación con nadie de a bordo.

Mrs. Wyatt tenía maneras más agradables. Quiero decir que le gustaba conversar y hasta charlar, cosa que, en el océano, es más bien un buen síntoma. Trabajó amistad con la mayoría de los pasajeros y, con mi profunda sorpresa, manifestó con respecto a los hombres una tendencia bien franca a la coquetería. Nos distraía mucho a todos; digo distraía, pero resultaría difícil dar una explicación. La verdad es que, como lo noté enseguida, nos reíamos más frecuentemente de Mrs. Wyatt que con Mrs. Wyatt. Los caballeros no hablaban mucho de ella; pero las damas, al cabo de poco tiempo, declararon que era una buena muchacha, si bien cualquier cosa desde el punto de vista físico, carente en absoluto de instrucción y, en suma, harto vulgar. Lo que todo el mundo se preguntaba era cómo Wyatt había podido dejarse arrastrar a casarse con ella. Una buena dote ofrecía la respuesta más aceptable; pero yo sabía que esa solución era insostenible, pues Wyatt habíame dicho que ella no aportaba ni un dólar y ni siquiera esperanzas en ese sentido. Se había casado con ella, me dijo, por amor y solamente por amor; y su mujer, agregó, era digna del más grande amor. Cuando recordaba las expresiones ditirámicas que mi amigo empleara, yo me sentía perplejo. ¿Su sentido común lo había abandonado? ¿Qué otra explicación podía ocurrírsele? Él, tan refinado, tan inteligente, tan difícil; él, que tenía una sensibilidad tan delicada para la menor falta de gusto, una apreciación tan entusiasta de la belleza. Evidentemente, ella parecía albergar mucha ternura para Wyatt—sobre todo cuando éste no se hallaba a su lado—, pues se mostraba entonces bastante ridícula citando por cualquier motivo la opinión de su querido esposo, Mr. Wyatt. Tenía la palabra esposo "siempre en la punta de la lengua" (para emplear una de las delicadas expresiones que le eran gratas).

En compensación, todo el mundo podía advertir que él la evitaba en la forma más visible: se encerraba solo la mayor parte del tiempo, viviendo, por así decir, exclusivamente en su cabina, dejando a la esposa en perfecta libertad para distraerse como quisiese, en la numerosa compañía del salón de primera.

La conclusión que saqué de cuanto veía y oía fué que Wyatt, el artista, por algún raro capricho del destino o en el entusiasmo de una pasión imaginaria, había sido inducido a casarse con una mujer muy por debajo de su nivel, y—consecuencia fatal—que de ello había obtenido un disgusto absoluto y rápido. Yo le compadecía desde lo más hondo de mi corazón, pero no por eso le perdonaba sus picardías en el asunto de "La Cena". Con respecto a eso, ya estaba resuelto a vengarme.

Un día le encontré en el puente, y, tomándole de un brazo, de acuerdo con una vieja costumbre, me paseé con él desde una punta a otra del navío. Su tristeza (que ahora me parecía lógica) me resultaba tan profunda como al principio. Hablaba poco y como por accesos, con visibles esfuerzos. Hice una o dos bromas, y Wyatt insinuó una sonrisa penosa. "Pobre diablo", me dije yo, pensando en la esposa, y asombrándome hasta de que pudiera fingir asomos de buen humor. Me decidí, finalmente, a atacarlo en sus reductos más íntimos; quería empezar por una serie de insinuaciones indirectas acerca de la caja oblonga, únicamente para hacerle comprender, poco a poco, que yo no era una ingenua víctima de su engaño. Mi primera observación fué como el disparo de una batería oculta; dejé caer algunas palabras sobre la forma tan singular de aquella caja, y, al decir esto, sonreí con expresión de entendido, codeándole suavemente el pecho.

La forma en que Wyatt recibió esa inocente broma me demostró, ahí mismo, que el artista estaba completamente descentrado. Me miró al principio como si no alcanzase a comprender la intención de mis alusiones; pero, a medida que el sentido de mis palabras se le hacía más claro, sus ojos parecían salirse de las órbitas. Luego se puso rojo, enseguida terriblemente pálido y, como si mi observación le hiciera una gracia enorme, se abandonó a un ruidoso, ensordecedor acceso de risa que duró sus buenos diez minutos. Y, cuando su risa hubo cesado, Wyatt cayó pesadamente sobre cubierta. Me incliné hacia él para levantarlo, y tuve la impresión de que estaba muerto.

Pedí socorro, y conseguimos, con bastante dificultad, devolverlo a la vida. Al recobrar el conocimiento, articuló durante algunos segundos frases incoherentes; le hicimos una sangría y lo acostamos en su lecho. Al día siguiente parecía totalmente restablecido, por lo menos en lo relacionado con su salud física. De su estado mental, nada más diré: yo lo evité durante el resto del viaje, por consejo del comandante, que parecía compartir enteramente mis ideas sobre Wyatt, pero rogándome que no dijera nada a nadie.

Inmediatamente después de aquel acceso de Wyatt, se produjeron varios pequeños hechos, que no hicieron sino aumentar mi curiosidad. Entre otros, éste: Yo me había puesto bastante nervioso, por beber con exceso té verde demasiado cargado y por haber dormido mal o, mejor, no haber dormido durante dos noches. Mi cabina, como la de todos los pasajeros célibes, daba al comedor. Las tres cabinas de Wyatt daban a un vestíbulo aislado y separado del comedor por una simple puerta corrediza. Durante la noche, esa puerta no quedaba cerrada con llave. Como navegábamos siempre a toda marcha y con una brisa bastante fuerte, el navío estaba continuamente de banda a barlovento, y cuando el viento soplabla de babor, aquella puerta se abría sola y permanecía abierta, pues nadie se molestaba en cerrarla. Mi cabina estaba situada de manera tal que, cuando mi puerta y la otra estaban abiertas (y mi

puerta estaba abierta siempre, a causa del calor), mis ojos podían hundirse en el vestíbulo de los Wyatt y ver precisamente la parte a que daban sus cabinas. Bien. Durante dos de aquellas noches (no consecutivas), mientras yacía completamente desvelado en mi cucheta, pude ver con toda claridad a Mrs Wyatt que salía sigilosa de la cabina del marido y entraba en la cabina suplementaria, donde permaneció hasta la madrugada; su marido la llamó entonces, y ella fué a reunirsele. Era evidente que dormían separados, esperando, sin duda, un divorcio oficial: "Es ahí, me dije, donde hay que buscar la explicación de la cabina suplementaria."

Hubo también otro detalle que me intrigó mucho. Durante aquellas dos noches de insomnio, e inmediatamente después de la desaparición de Mrs. Wyatt en la cabina suplementaria del esposo. Luego, al escuchar algún tiempo con mucha atención, llegué a descifrar perfectamente el sentido de aquellos ruidos: los producía Mr. Wyatt al abrir la caja oblonga con un destornillador y un martillo (este último, probablemente envuelto, para amortiguar el ruido, en un trozo de paño de lana).

Creí casi reconocer el momento preciso en que Wyatt levantó suavemente la tapa, y también la operación con que la retiró por completo y la depositó bajo la cucheta inferior de la cabina; adiviné esto por ciertos ligeros ruidos producidos por la tapa, mientras Wyatt trataba de depositarla con suavidad, al raspar el marco de madera de la cucheta, pues en el "parquet" no había sitio. Enseguida reinó un silencio absoluto, y nada más oí, ni la primera vez ni la segunda, hasta la mañana, salvo, quizá, por momentos, un murmullo semejante a sollozos ahogados y casi imperceptibles, a menos que esta última impresión no fuese totalmente fruto de mi propia fantasía. Acabo de decir que aquello daba la impresión de ser llanto o suspiros; pero, evidentemente, no podía ser eso; y pienso si realmente no era una vibración nerviosa en mis oídos. Mr. Wyatt, sin duda alguna, estaba en trance de dar rienda suelta a una de sus manías, de complacerse en uno de sus accesos de entusiasmo artístico. Había abierto su caja oblonga para volver a alimentar su ojos con el tesoro artístico allí oculto; nada existía allí que pudiese hacerlo sollozar; por eso repito que aquello debió ser un juego de mi imaginación excitada por el té verde del buen capitán Hardy. Exactamente antes del alba, después de cada una de aquellas noches, oí con claridad que Mr. Wyatt volvía a colocar la tapa en la caja oblonga y a hundir los clavos en su sitio, valiéndose de un martillo forrado con paño. Enseguida salió de su cabina, completamente vestido, para ir a llamar a Mrs. Wyatt.

Llevábamos ya siete días de mar y nos encontrábamos en la travesía del cabo Hatteras, cuando se desencadenó de súbito una violenta borrasca del Sudoeste. Estábamos, hasta cierto punto, preparados para ello, pues el cielo se había puesto ya amenazante desde hacía algún tiempo. A bordo prepararon todo, y como el viento fuese cada vez más fresco, dimos caza bajo la cangreja y la pequeña gavia, reducidas ambas en dos rizos.

Bajo este velamen hicimos rumbo, bastante tranquilamente, por espacio de cuarenta y ocho horas; nuestro barco parecía resistir muy bien a las ondas, y las olas, que reventaban de tiempo en tiempo sobre el puente, no nos inquietaban. A todo esto, la borrasca se convirtió en huracán, y nuestra cangreja se rasgó en jirones, haciéndonos caer tan brutalmente en la concavidad de las ondas, que cabalgamos, envión tras envión, sobre varias gigantescas trombas de agua. Tres hombres estuvieron a punto de ser arrastrados por el armazón de la despensa, y la mayor parte del empalmetado de babor. Apenas habíamos recobrado el sentido, cuando la pequeña gavia se desgarró completamente, y el barco recobró su equilibrio, pareciendo hasta mantener su rumbo mejor que antes.

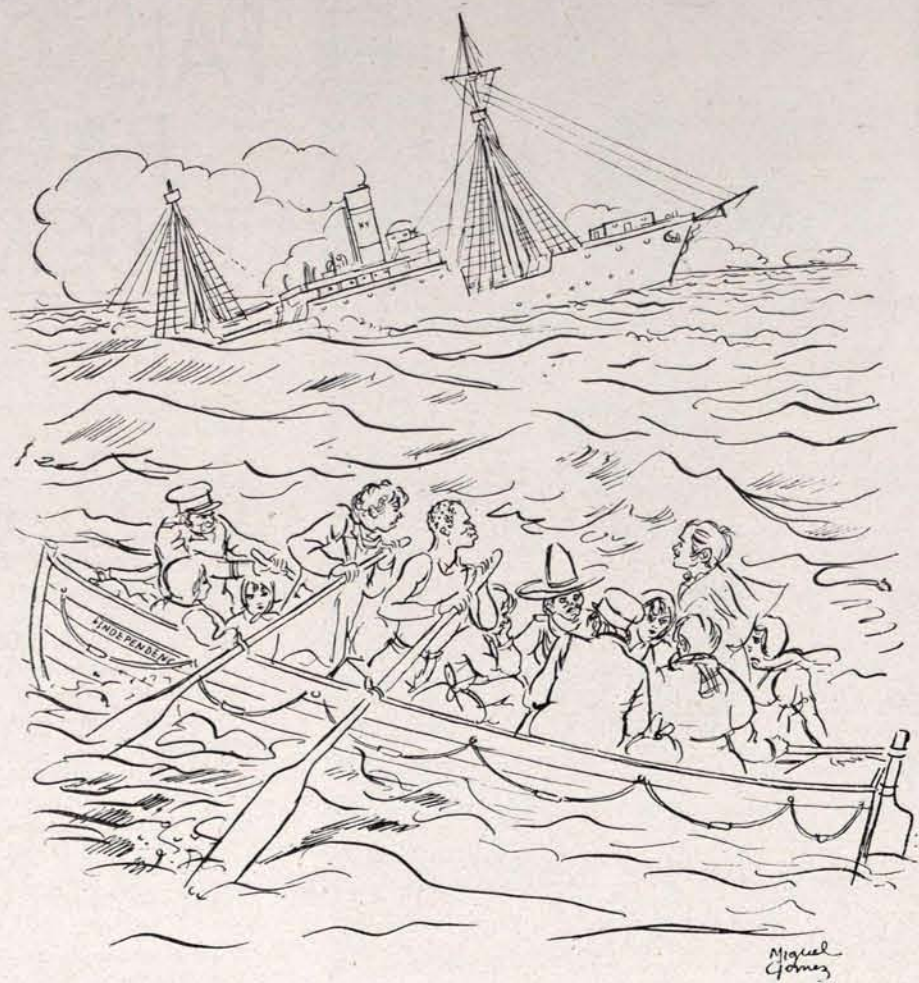
La tempestad continuaba, sin embargo, y no veíamos ningún signo de calma. El aparejo cedía bastante, y al día siguiente, a eso de las cinco de la tarde, nuestro palo de mesana, en un fuerte vaivén del barco bajo el viento, pasó por encima de la borda. Durante más de una hora tratamos de desembarazarnos de él, pues el vaivén se hacía cada vez más inquietante; y no lo habíamos aún conseguido, cuando el encargado del calafate vino a anunciarnos cuatro pies de agua en la sala. Para hacernos aún más embarazosa nuestra situación, nos encontramos con las bombas obstruidas y casi inutilizadas.

Todo, mientras tanto, era confusión y desesperación; pero se hizo un esfuerzo para aligerar el navío, arrojando por la borda una parte del cargamento y tratando de desembarazarlo de los mástiles que nos quedaban. Logramos eso, por fin, pero las bombas seguían fuera de servicio, y el agua penetraba más y más por la brecha.

Al crepúsculo, la tempestad había perdido un poco su fuerza, y como también el mar se hubiese calmado un poco, teníamos aún la esperanza de poder salvarnos en los botes.

A las ocho de la tarde las nubes se disiparon a estribor, y tuvimos la ventaja de la luna llena, lo que levantó como por milagro a nuestros espíritus abatidos. Luego de increíbles esfuerzos, conseguimos, por fin, hacer pasar, sin ningún accidente serio, la chalupa por encima de los empalmetados, e hicimos entrar en ella a toda la tripulación y a la mayor parte de los pasajeros. La chalupa pudo bogar inmediatamente, y después de diversas tribulaciones, llegó sin pérdidas a Ocracoke Inlet, a los tres días del naufragio.

Catorce pasajeros y el capitán habíamos quedado a bordo, resueltos a confiar su suerte al bote de atrás. Pudimos ponerlo en el agua sin dificultad, pero sólo fué por un milagro que no se sumergió al contacto de las olas. Estaban allí el capitán y su esposa; Mr. Wyatt y



Nos esforzamos durante un tiempo para mantenernos en nuestro sitio con los remos; luego nos alejamos tristemente.

sus compañeras; un oficial mejicano, con su esposa y cuatro hijos, y yo, además de un sirviente negro.

No teníamos lugar sino para los instrumentos indispensables y algunas provisiones; a nadie se le había ocurrido llevar nada más que la ropa que tenía puesta. Cuál no sería, pues, nuestro asombro cuando, habiéndonos alejado apenas algunas brazas, vimos que Mr. Wyatt se erguía en la parte de atrás del bote y le pedía fríamente al capitán Hardy que nos hiciese volver, para permitirle tomar su caja oblonga.

—Síntese, señor Wyatt—contestó el capitán con bastante severidad—. ¡Nos va a hacer zozobrar si no se queda quieto! ¿No ve que el borde del bote está casi bajo el agua?

—¡La caja!—vociferó Mr. Wyatt, continuando en pie—. ¡La caja! Capitán Hardy: usted no puede, usted no va a negarme eso. Tiene un peso insignificante; no pesa nada, casi nada. ¡Por la madre de usted, por el amor de Dios; en nombre de su misma salvación, le suplico que volvamos por la caja!

Por un momento el capitán pareció emocionado ante el ruego del artista, pero recobró enseguida su severa expresión, y dijo simplemente:

—Señor Wyatt: usted está loco. Yo no puedo escucharle. Le repito: síntese, o va a hacer zozobrar el bote. ¡Quietos! ¡Agárrenlo, ténganlo! ¡Va a saltar al agua!... ¡Ah! Lo sabía... Trepó por la borda...

En efecto, mientras el comandante decía esto, Mr. Wyatt se tiraba del bote y, como estábamos aún a sotavento del mostrenco, conseguía, con un esfuerzo casi sobrehumano, asir el cable que colgaba de un escabén hacia su cabina.

Durante ese tiempo, nosotros habíamos sido arrastrados hacia la parte trasera del barco, y no estando ya a sotavento, nos sentíamos a merced de las enormes olas que se entrechocaban en torno del bote. Hicimos un gran esfuerzo para volver a sotavento del mostrenco, pero nuestra pequeña embarcación bailaba como una pluma bajo el soplo de la tempestad. Comprendimos, de pronto, que el desdichado Wyatt estaba perdido.

Cuando la distancia entre nosotros y el navío abandonado aumentó rápidamente, vimos al loco (pues así era como lo juzgábamos ahora) surgir de la gran escotilla, hasta donde había izado, a costa de una energía extraordinaria, la caja oblonga. Mientras lo mirábamos boquiabiertos, pasó rápidamente varias vueltas de una gruesa cuerda, primero en torno a la caja y luego en torno a su cuerpo. Algunos segundos más tarde, el cuerpo y la caja desaparecieron en el agua, aparentemente para siempre.

Nos esforzamos durante un tiempo para mantenernos en nuestro sitio con los remos; luego, nos alejamos tristemente. Por espacio de una hora, nuestro silencio no fué interrumpido. Luego aventuré una observación.

—¿No notó, comandante, con qué rapidez se hundieron? ¿No era realmente extraño? Confieso que tuve la vaga esperanza de verlo salvarse cuando le vi atarse a la caja y confiar ésta a las ondas.

—Se fueron a pique, como era natural—contestó el comandante—, pero pronto volverán a la superficie, aunque no antes de que la sal se haya disuelto.

—¿La sal?—exclamé.

—¡Chist!—hizo el comandante, mostrándome con el rabillo del ojo a la mujer y a las hermanas del difunto—. Hablaremos de todo esto en algún momento más apropiado.

Padecimos bastante, y más de una vez estuvimos a punto de sucumbir; pero la suerte nos sonrió, a pesar de todo, lo mismo que a nuestros camaradas de la chalupa, y desembarcamos por fin, después de cuatro días de intenso sufrimiento, en la playa que daba frente a la isla de Raonoke. Nos quedamos allí unas cuatro semanas, y no tuvimos que lamentar la presencia de piratas de mostrencos; por último, logramos tomar pasaje en un navío que iba rumbo a Nueva York.

Varios meses después de la pérdida del "Independence", encontré por casualidad al capitán Hardy en Broadway. Nuestra conversación recayó, naturalmente, sobre el desastre y, de manera especial, sobre la suerte del pobre Wyatt. Fué entonces cuando me enteré de los detalles siguientes:

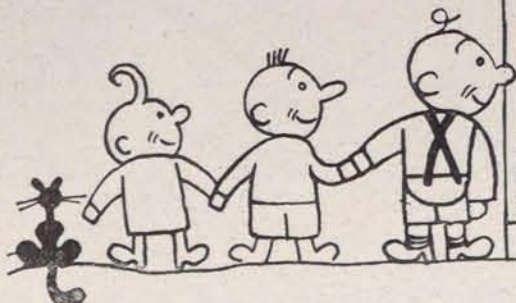
El artista había retenido pasajes para él mismo, su mujer, sus dos hermanas y una sirvienta. Su mujer era, en verdad, como él la describiese: una criatura muy hermosa y de acabado encanto. La mañana del 14 de julio (el día que yo visité el barco por primera vez), la joven debió guardar cama repentinamente y murió. El marido estaba aterrado por su desesperación, pero imperiosas razones le imposibilitaban postergar su viaje a Nueva York. Por una parte, era necesario llevar a la madre de la esposa a aquel cuerpo adorado; pero, por otra, un prejuicio invencible se oponía a ello: de cada diez pasajeros, nueve habrían abandonado el navío antes que viajar con un cadáver.

Ante aquel dilema, el capitán Hardy tomó las disposiciones necesarias para que el cuerpo, parcialmente embalsamado y embalado con una gran cantidad de sal en una caja de dimensiones apropiadas, fuese llevado a bordo como un bulto de mercaderías. Nadie debía mencionar la muerte de la joven señora; y como se sabía que Mr. Wyatt había reservado un pasaje para su esposa, fué necesario que otra persona la reemplazase durante el viaje. La doncella de la difunta consintió, sin dificultad, en desempeñar aquel papel. La cabina suplementaria, reservada para ella en vida del ama, no fué devuelta, y era allí donde la supuesta Mrs. Wyatt dormía todas las noches.



Enseguida reinó un silencio absoluto, y nada más oí, ni la primera vez ni la segunda, hasta la mañana.

EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



La vaca de las ubres de oro CUENTO INFANTIL

Por JOSE S. SANTONJA

I

Aquella mañana, Pablo "El Mugre" se despertó de un humor endiablado.

¿Aquella mañana? Todas las mañanas se despertaba del mismo humor: ¡endiablado!

No era, pues, una casualidad. Y lo primero que hizo, al advertir que su mujer no se había aún levantado, fué escupir una blasfemia. ¡Las once de la mañana, y aún roncaba la maldita! Tampoco esto era una casualidad. Plato de todos los días.

Pablo salió de su cuarto a medio vestir, llamándola destempladamente:

—¡Nicasia! ¡Nicasia!

Nicasia, una mujeruca de enjutas carnes, de baja estatura, de rostro apergaminado y gesto duro, se arrojó de su camastro rápidamente y salió al encuentro de su marido, abrochándose una mugrienta falda que tenía tantos rotos como descosidos.

Estaba verdaderamente horrible aquella mujer en estos momentos. Despeinada, harapienta, calzada con unas alpargatas que un día fueron blancas y que ahora ostentaban toda la suciedad y la porquería toda de aquella vivienda; alpargatas que, para mayor escarnio, iba arrastrando en chancleta...

Sus ojos, medio abiertos, llenos de legañas; sus manos sarmen-tosas, de largos dedos rematados en largas uñas negras... negras... negras...

¡Horrible! Os digo que aquella mujer era horrible.

Y, además, era sucia. ¡Toda ella era una mancha!

En la comarca se la conocía por Nicasia "La Manchosa".

Pues... ¿y el marido?

¿Había por donde coger al marido?

Bien dice el refrán: "Dios los cría..." Y se juntaron los dos.

¡Amiguitos, qué pareja!

El no supo jamás qué cosa era una navaja de afeitar... ni unas tijeras de peluquero...

Apeataba a aguardiente "mataratas" y a tabaco de colillas...

¡Horrible! Os digo que era horrible aquel hombre.

En la comarca se le conocía por Pablo "El Mugre".

Seis hijos tenían. El mayor, de quince años. El más chico, de cuatro.

Porque no eran viejos Pablo y Nicasia: lo parecían. Pero ¿cómo no habían de parecerlo bajo aquella capa de suciedad en que se envolvían?

Una persona sucia, presto envejece. Envejece de cuerpo. Y de espíritu.

Los hijos, cuatro hembras y dos varones (los dos mayores), tenían, poco más poco menos, el mismo aspecto que los padres: desarrapados, descuidados, andrajosos... y perezosos. Como los padres.

¡Ah, la pereza! Llevábanla en la sangre.

Y siendo padre e hijos de la misma condición, ya comprenderéis que el trabajo nunca se terminaba en aquella casa... Bien es verdad que tampoco se empezaba jamás.

Ni había hora para levantarse..., ni para desayunar..., ni para comer..., ni para la faena...

¡Ah!, pero para dormir...

Para dormir buenas eran todas las horas del día... y de la noche.

Y no es que no hubiese que hacer en aquella casa; ya era hora de que sepáis, queridos amiguitos y amiguitas, que era aquella casa una casa de mucho trabajo: era una alquería. Y ellos, unos humildes labriegos, sin otros bienes ni otras rentas que sus tierras de labor y lo que éstas produjesen.

¿Y qué habían de producir, Santo Dios, si el mucho trabajo se convertía para sus dueños en infinita holganza? Pues producía malhumores, disgustos, trampas, zozobras... y una serie interminable de desdichas que acumula sobre sí todo aquel que es perezoso para el trabajo.

Además de las tierras de labor, poseía el matrimonio dos vacas, varias cabritas y ovejitas y algunas aves de corral.

Todos estos animales hacían una vida pareja a la de sus dueños y, observándoles, diríase que se habían contagiado de la suciedad reinante en la alquería. De la suciedad y de la holgazanería, pues las vacas, cabras y ovejas, como estaban mal cuidadas y peor ali-

mentadas, producían escasisima leche, insuficiente siempre para el sustento de tanta prole.

Las gallinitas ponían muy pocos huevos, y estos pocos, pequeñísimos.

La siembra en el campo se hacía mal y a destiempo; el arado quedaba casi siempre a merced de dos mulas famélicas y esqueléticas que, a trancas y barrancas, conducía el mayor de los hijos; y así andaba ello.

¿El riego?

Ya se mojaría la tierra... ¡cuando lloviese!

¡Era tan pesado extraer agua de la noria... y, sobre todo, conducirla a los surcos por medio de las acequias!...

Se cavaba poco, se escardaba menos..., y cuando llegaba la recolección... "duelos y quebrantos".

Esta era la familia de Pablo y Nicasia.

Esta era la "Alquería de la Mugre", como se la conocía en toda aquella hermosa comarca.

Volvamos al principio.

Como queda dicho, Pablo salió de su lecho aquella mañana escupiendo blasfemias y llamando a su mujer con descomunales voces.

Esta acudió, contestándole en el mismo tono.

Se llenaron de improperios.

Los dos hijos mayores salieron en defensa de su padre.

Y las hijas en auxilio de su madre.

Y al poco rato, la "Alquería de la Mugre" presentaba el aspecto de un campo de Agramante.

—¡Eres un holgazán!

—¡Y tú una sucia y una manirrota!

—¡Padre, no insulte usted a madre, que no ha hecho na!

—¿Y por qué madre le dice a padre que es un holgazán?

—¡Porque lo es, bocazas!

—¡Como vosotras, cotillas!

—¡Y como vosotros, deslenguados!

Y así se pasaban las horas..., y los días..., y los años.

Tiempo precioso, como el oro...

Tiempo que se perdía y que la tierra echaba de menos...

Y las gallinitas también.

Y las vaquitas...

Y los conejitos...

Pero, sobre todo, la tierra, que recibía muy contadas veces la bendición de una caricia... ¡y la gloria de unas gotas de sudor!

II

Distante una media hora de la Alquería de la Mugre, se hallaba la Quinta de los Claveles, llamada así por la gran cantidad de estas bellas flores que en su huerto crecían.

Habitaban esta quinta, de la que eran propietarios, el matrimonio Pedro y Nieves, con su dos hijitos: Isabel y Pepito.

Era Nieves una mujer joven, de correctas facciones, de tez morena, de ojos negros y vivarachos, de estatura más bien baja y cuerpo un tanto gorduzuelo, pero garboso y no falto de elegancia. Vestía con sencillez y honestamente.

¿Limpia? Como los mismísimos chorros del oro y de la plata. Su cuerpo olía a limpieza; nada más—; nada menos!—que a limpieza.

Trabajadora, avispada, inteligente...

No tenía par en el manejo y gobierno de la casa... Se levantaba al clarear el alba y se retiraba todas las noches la última, después de pasar minuciosa revista a todos los departamentos de la quinta..., y una vez que se habían dormido su encantadores hijitos, que eran buenos, dóciles y obedientes.

Pedro era un hombre trabajador, honrado, activo. Todas las mañanas del año, ya hiciese frío, ya calor, le sorprendía "la del alba" en el campo, dedicado a su faenas, vigilando a los jornaleros, "ganándose el pan con el sudor de su frente", según la clásica sentencia bíblica.

Todo en aquella casa respiraba alegría.

El campo, las personas... y los animales.

En el corral crecían y se multiplicaban infinidad de aves, proporcionando a sus dueños pingües ganancias y sano sustento.

La cuadra albergaba varios potros andaluces, y no faltaban en los pesebres algunas cabritas de abundante y fresca leche y varias ovejas de largos y sedosos vellones de lana.

¡Ah!, y una vaca; una sola vaca.

Pero esta vaca merece capítulo aparte.



(Concluirá en el próximo número)



(Continuación)

Organización.

Cataluña está constituida en región autónoma dentro del Estado español.

Su organismo administrativo autónomo es la Generalidad de Cataluña, que ha sumido, además de otras funciones delegadas del Gobierno central, las atribuciones de las extinguidas Diputaciones provinciales.

Comarcas de Barcelona.

Las comarcas de Barcelona tienen por capital la ciudad del mismo nombre, ciudad rica, floreciente y hermosa, con uno de los mejores puertos del Mediterráneo. Su censo pasa del millón de habitantes.

Poblaciones notables de estas comarcas son Badalona, Mataró, Tarrasa, Sabadell, Manresa, Igualada, Vich, Villanueva, etc.

Comarcas de Tarragona.

Las comarcas de Tarragona son agrícolas y ganaderas; cosechan mucho vino, cereales, aceite, almendras, avellanas, legumbres, y tienen fábricas de tejidos de seda, lana, algodón, papel, curtidos, etc. Su capital es Tarragona, con excelente puerto y muy notables riquezas arqueológicas, y son poblaciones notables Reus, Tortosa, Valls, Vendrell, etc.

Comarcas de Gerona.

Las comarcas de Gerona tienen por capital la ciudad del mismo nombre. Son agrícolas, ganaderas, y desarrollan buen comercio y fabricación de tejidos, de tapones de corcho y de papel. Son poblaciones notables, además de la capital, Figueras, Ripoll, Olot, Puigcerdá, San Feliú de Guixol, La Bilbal, Santa Coloma de Farnés, etc.

Comarcas de Lérida.

Las comarcas de Lérida tienen por capital la ciudad del mismo nombre; desarrollan gran riqueza agrícola y ganadera; tienen buenas fábricas, particularmente de electricidad. Sus poblaciones notables son, además de la capital, Cervera, Balaguer, Seo de Urgel, Solsona, Tàrrrega, Trem, etc.

CATALUÑA.—Hechos históricos.

Wifredo el Velloso, primer conde independiente, funda, en el siglo IX el Monasterio de Ripoll. Gerona y el Bruch se distinguen durante la guerra de la Independencia. Felipe V funda la Universidad de Cervera, en Lérida. Tarragona, en la época romana, fué la capital y el primer puerto de España.

(Continuará)



Abriego de piel de pantera

Creación HEIM

Foto Díaz

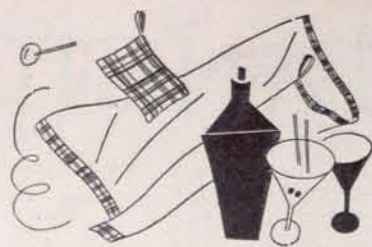
Es aún demasiado pronto, queridas lectoras, para ocuparse de las *toilettes* de primavera; pero no se fíen; ello no va a tardar ya mucho; sepan ustedes que graves problemas se presentan en estos momentos, y que los oráculos consultados responden de una manera muy vaga, es decir, muy confusamente. Sin embargo, todo el mundo, en las grandes casas, está agitado; las colecciones van muy pronto a salir, pero los maestros se callan, reservando la *surprise*.

Vamos, pues, a aprovecharnos de estos momentos de tregua para tratar sobre la cuestión de los detalles en general.

Aunque la moda sea una de las principales preocupaciones de la generalidad de las señoras, y aunque este afán de saber cómo hay que vestirse es dado a conocer por las innumerables publicaciones especiales, hay todavía muchas de entre estas señoras que, aun sabiendo cómo tienen que vestirse, no saben hacerlo. Se las encuentra en las grandes ciudades, y desde luego, en menor cantidad que en cualquier otra parte; pero, sin embargo, las hay, y es precisamente para reducir en todas partes su número por lo que he emprendido el servirles de guía, no porque yo considere que la *toilette* debe ser la principal zozobra de nuestro sexo, sino que, por ciertas faltas que se puedan cometer contra la elegancia, denotan ser grandes defectos perjudiciales y molestos.

Si la mayoría de las ciudadanas se visten mejor que la mayor parte de las otras mujeres, es porque el ambiente de la gran ciudad ha despertado en ellas su instinto sobre el gusto y porque no ignoran que la elegancia absoluta consiste en el conjunto armonioso de una *toilette* compuesta de todos los detalles que no presenten discordancia alguna entre sí.

Muchas señoras tienen el gusto para la *toilette* sin tener gusto *dans leur toilette*. Les encantan los vestidos bonitos, los adornos complicados, los *colifichets* de todo género; pero asocian demasiado a su elegante vestido unos guantes deslucidos, unos zapatos bastante usados, un sombrero aja-



Modas

Cortes de París por Madeleine Millet

ELEGANCIA Y DETALLES

do, sin pensar que la falta de uno de estos detalles puede dar infaliblemente un mal aspecto a su persona.

No hay que olvidar que son precisamente los accesorios los que dan la última nota a la *toilette* y que acentúan el *chic*. Es un error el creer que un vestido muy bonito pueda rescatar su mediocridad. Como asimismo están muy lejos de la verdad las personas que se figuran que sólo la frivolidad reina en estos cuidados minuciosos, y cuán severa, pero no menos exacta, es la fama que se da a una mujer mal vestida: el desorden en la *toilette* implica el desorden en el hogar, pues no hay que creer que es la economía la que revela la negligencia sobre estos *assortiments*, sino, al contrario, tal y como acabo de decirles, ello es un desorden inexcusable, y, sobre todo, si estos *assortiments* van acompañados de un vestido caro, ello constituye una falta de armonía y una disonancia muy desagradables. Al contrario, es preciso que sean los detalles pequeños los que den a la mujer un aspecto cuidadoso, aspecto que desaparecerá en el momento en que ésta lleve objetos que no armonicen, *desassortis*. Desde aquí oigo varias observaciones análogas a ésta: "Hay muchas señoras que no pueden poseer los accesorios adaptados para cada hora del día, es decir, para cada *toilette*." En tal caso, hay que refugiarse en la sencillez y saber abandonar lo que es inútil o de gusto dudoso. Evidentemente, estos consejos se refieren sólo para las *toilettes* de día, pues en cuanto a las *toilettes* de noche, yo me figuro que una señora no irá por la noche al restaurante o al teatro, si no tiene una *toilette* completa, adecuada a estas circunstancias.

Terminemos, pues, diciendo que nada ha de saber caracterizar tanto la elegancia de la mujer como los finos cuidados que pueda aportar al escoger estos accesorios de la *toilette*, que podemos calificarlos como accesorios de la *coquetería*.



Echarpe de lana, tejido a mano, blanco y marrón

Cinturón con cuatro "bombés" en "box calf", marrón, cosidos en blanco

Anillo para echarpe en "box calf", marrón, adornos dorados

Creación HERMES

Foto Dorvyne



Cartera "Pullman" en cuero de Rusia, para viaje, con distribución interior muy práctica

Cinturón en "box calf", azul marino, con hebilla en "box calf" rojo

Creación HERMES

Foto Dorvyne



Chaqueta de astracán, de frizo grueso, con galón de cinta todo alrededor. Manguito haciendo juego

Creación HEIM

Foto Díaz

Los *écharpes* de lana que se llevan en la ciudad serán elegantes sólo si se llevan con un clásico abrigo de lana o un abrigo *sport*, o también con un traje *sastre net*; es, pues, imposible emplear estos *écharpes* con un abrigo *ha-billé*.



Entre las pieles naturales, que están muy a la moda, les designaré muy particularmente la inigualable pantera, y de la cual se confecciona el tan confortable abrigo *sport* de viaje, citado al margen, y que cae muy bien; después, el astracán, que, contrariamente a lo que le reprochan muchísimas personas, no avejenta en absoluto cuando se emplea para hacer un vestido de una forma graciosa y juvenil, como esta encantadora chaqueta, y que además apenas pesa cuando es de buena calidad.



En París, el invierno se ha hecho desear, pero ya llegó, y está bien instalado. Me figuro que, desde este punto de vista, las amables lectoras de Madrid y de algunas otras comarcas de España no tienen nada que envidiarnos, y es por ello por lo que en su favor me he informado sobre estos dos lindos modelos, que estoy segura tendrán una buena acogida.



CANCION DE HAWAI

POR

JACK LONDON



DIBUJOS
DE
BILLIKEN

Durante un mes se les ha dado de comer y beber, se les ha atiborrado de estadísticas, a fin de que apreciaran la belleza y recursos de Hawai

Las despedidas que se ofrecen a los viajeros en Honolulu no se pueden comparar con las de ningún otro puerto.

El enorme vapor, cuyas máquinas están listas, se apresta a largar amarrias. Mil personas a bordo; cinco mil en el muelle. Príncipes y princesas indígenas, reyes del azúcar y altos funcionarios de la colonia suben o descienden por la planchada. Más lejos, buscan ubicación en las compactas hileras de carruajes los coches y automóviles de la aristocracia del país, mientras la policía se encarga cuidadosamente de guardar el orden.

La orquesta real hawaiana ejecuta el "Aloha" en el desembarcadero. Apenas concluye, un grupo de músicos indígenas, que está sobre el barco, reproduce los mismos y conmovedores acentos; la voz de un cantante se eleva como el canto de un ave, cubriendo el sonido de los instrumentos y el murmullo de las despedidas. Se hubiera dicho que un caramillo de plata lanzaba sus notas argentinas en el gran concierto de los adioses.

Una multitud de jóvenes, con ambos amarillentos, se apretujaba contra la barandilla en la cubierta de tercera clase. Sus figuras de bronce atestiguaban los tres rudos años de campaña que han pasado bajo el sol de los trópicos. Pero los adioses y los vítores no se dirigen a ellos; ni al capitán, que con impecable uniforme blanco contempla desde arriba, como las estrellas, a la muchedumbre; ni a los jóvenes oficiales, que regresan de las Filipinas; ni a las pálidas mujeres, extenuadas por el clima, que los acompañan.

Es a un grupo de senadores, una veintena quizá, que junto a sus familiares permanecen inmóviles y sonrientes sobre cubierta. Pertenecen al Senado de los Estados Unidos, y realizan un viaje de placer. Durante un mes se les ha dado de comer y beber, se les ha atiborrado de estadísticas, a fin de que apreciaran la belleza y recursos de Hawai.

El vapor ha hecho escala en Honolulu, y Honolulu despide, como sabe hacerlo, a estos personajes. Los senadores están engalanados de flores.

Una docena de guirnaldas cubre la nuca poderosa y el pecho regordete del senador Jeremías Sambrooke. Su cráneo emerge de un montón de hojas y corolas, ofreciendo a la vista un rostro bañado en sudor. Pasea su mirada de estadista sobre la movidiza muchedumbre del muelle, mirada que no sabe de belleza, pero capaz de percibir, con un simple vistazo, el rendimiento de las usinas, de los ferrocarriles y de las plantaciones que se dibujan a lo lejos, detrás de esa multitud. Hállase tan absorto en sus sueños de riqueza materiales, que no presta la menor atención a la hija, que se encuentra de pie, a su lado, platicando con un joven—elegante ropa tropical y sombrero de paja—, que la contempla con ojos ardientes. Si el senador prestase la menor atención a su hija, advertiría que se lleva a una mujer en lugar de la pilluela de quince años que desembarcara en Hawai un mes atrás.

El clima del archipiélago tiene el poder de rejuvenecer las cosas y entreabrir como una flor a los adolescentes.

Dorotea Sambrooke ha experimentado su influencia en circunstancias excepcionales. Un mes antes, era delgada, pálida, con sus ojos azules apagados de tanto leer e inquirir el sentido de la vida.

Ahora resplandece en ellos una mirada vivaz; su semblante tiene el yodo de las playas, y se insinúan en su cuerpo las primeras promesas de las formas incitantes. Ha montado a caballo, ha escalado los volcanes y ha aprendido a correr entre las crestas encrespadas de las olas. El trópico hierve en su sangre, y su piel irradia luz, calor, colores... Ha pasado todo ese mes en compañía de un tal Stephen Knight, joven atleta, campeón del surf-board, dios náutico de piel bronceada, que vence a las olas tempestuosas, cabalgándolas hasta la costa sobre sus lomos vibrantes.

Dorotea Sambrooke no se ha dado cuenta del cambio que ha sufrido. Su mentalidad sigue siendo la de un niño, y la actitud de Stephen, en esta hora de las despedidas, la sorprende y la turba. Considerábase como un compañero de diversiones, y en realidad, no ha sido otra cosa durante esas cua-

tro semanas; pero ahora, su modo de mirar no es el de un simple compañero. Tan pronto habla con animación, a tontas y a locas, como permanece en silencio. Hay momentos en que parece no lograrse darse cuenta de lo que ella dice; y si la entiende, no la contesta como de costumbre.

Ella se siente desfallecer ante sus ojos. Jamás los ha visto tan brillantes, y algo hay en ellos que la causa terror, al punto de no poder sostener la mirada y verse en la necesidad de tener que bajar los párpados constantemente. Sin embargo, encuentra en él un nuevo atractivo, y trata de sorprender un brillo, un poder, un ardor que jamás ha observado en otros ojos. La agita una turbación desconocida.

El fuerte pitar del barco desgarró los aires, y la multitud, cubierta de flores, avanza todavía un poco hacia el borde de la dársena. Dorotea Sambrooke se aplica los dedos sobre los oídos; y al esbozar un gesto de disgusto por tanta estridencia, sorprende un nuevo relámpago de ternura imperiosa en las pupilas de Stephen, que miran el delicado rosa de las orejas translúcidas por los rayos del sol vespertino. Observa fascinada la expresión extraña de los ojos de Stephen, hasta que éste reacciona y pronuncia unas palabras ininteligibles, que empurpuran las mejillas de la muchacha. El parece turbado; ella experimenta una impresión de malestar. Los marineros recorren la cubierta por todas partes, advirtiendo a las visitas que es hora de desembarcar.

Stephen le tiende la mano. Bajo la presión de esos dedos que mil veces han aprisionado los suyos sobre los surf-boards o en las peligrosas pendientes de lava, escucha con un nuevo sentido, con una nueva e íntima comprensión, las palabras de la canción hawaiana que vibra en la garganta de plata de la cantante indígena:

*Ka halia ko aloha hik mai,
Ke hone ae nei i ku u manawa
O oe no ka, u aloha
A loko e hana mei.*

Stephen le ha enseñado esa canción, le ha explicado su sentido; y es ahora, en este instante de la despedida, cuando adivina el verdadero espíritu de esas palabras. Apenas se da cuenta de que se aleja el joven, perdida como está en el laberinto de los recuerdos con que revive las cuatro semanas transcurridas, con que pasa revista a los acontecimientos y a las emociones de un día revelador.

Stephen formaba parte del Comité encargado de recibir en el puerto al grupo de senadores.

El les había ofrecido una demostración de surf-board en la bahía de Waikiki. Remando sobre su estrecha tabla, ganó el horizonte, en aquella oportunidad, tan lejos, tan lejos, que apenas era un punto visible sobre las aguas. Habíasele visto reaparecer de pronto sobre ellas, en medio de un remolino de espumas, como un dios del mar; surgir paulatinamente para sostenerse luego en equilibrio sobre la superficie de una ola enorme; llegar a tierra con la velocidad de un expreso, salpicados de espuma ligera sus ágiles pies, y detenerse suavemente junto a Dorotea. Así se le apareció Stephen por vez primera. Era el más joven de la delegación, con sus veinte años. Ocupaba un lugar decorativo en los festejos; pero sobre las olas de Waikiki, en el arreo del ganado salvaje,



El les había ofrecido una demostración de "surf-board" en la bahía de Waikiki.

en el corral de doma de la estancia de Haliakala era donde llenaba su cometido a las mil maravillas y donde su papel satisfacía por sí solo las más exigentes pretensiones.

Dorotea no se interesaba en las estadísticas interminables ni en las soporíferas conversaciones de los demás miembros del Comité, sino únicamente en Stephen. Y fué en su compañía como huyó desesperada de la fiesta al aire libre en Hamakúa, donde un cierto Abel Louisson, plantador de café, conversó de café, nada más que de café, durante dos horas mortales. Aquel día, mientras cabalgaban entre los helechos arborescentes, Stephen le había enseñado las voces del Aloha oe, canción obligada de todas las despedidas a los senadores visitantes cada vez que se alejaban de un pueblo, de una estancia o de una plantación.

Desde un principio, no se separaron un instante. El era su camarada de diversiones. Ella le tenía acaparado mientras su padre estudiaba las estadísticas del territorio insular. Demasiado delicada para mostrarse despótica con él, le mantenía, con todo, en una tiránica y sutil esclavitud, excepción hecha de cuando iban a caballo, en canoa o sobre surf-board, pues entonces él era la única autoridad, y ella, su obediente y sumisa esclava. Ahora que escuchaba aquel canto por última vez, y que, levadas las anclas, el enorme buque retrocede lentamente para salir de la dársena, comprende que Stephen representa para ella algo más que un compañero de diversiones.

Cinco mil voces entonan a coro:

—Aloha oe: que mi cariño te acompañe hasta que estemos reunidos otra vez...

Y es en ese preciso instante, al revelarse el amor en su corazón, cuando comprende claramente

que la fatalidad inexorable los separa a uno de otro. ¿Cuándo volverán a verse en lo sucesivo? ¿Cuándo estarán de nuevo juntos?... El mismo le enseñó esas palabras. Muchas veces se las había oído repetir en Waikiki, bajo la bienhechora sombra del árbol hau. ¿Era un presagio? Admiraba su manera de cantar, y hasta le había felicitado por traducir tanta emoción. Al recordarlo, se ponía a reír en alta voz, nerviosamente. ¡Tanta emoción! ¡Si era su propia alma que vibraba en el canto! Y ahora, ahora que es demasiado tarde, acaba de darse cuenta. ¿Por qué no la había hablado?...

Después Dorotea recuerda que en Hawai las muchachas se casan libremente... ¡Hawai! ¡Hawai!, donde la carne es dorada y donde las mujeres florecen bajo los besos de un sol tropical y divino... En vano escruta la muchedumbre apeñuscada en el muelle. ¿Qué se habrá hecho de Stephen?... Hubiese dado cuanto tenía en el mundo para poderlo contemplar siquiera una vez, y deseaba fervientemente que un rayo quebrase en dos al capitán para que postergase la partida.

Contempla a su padre con una mirada de aprecio, quizá por primera vez, y con una angustia desconocida. Las facciones del senador tienen el sello inconfundible de la voluntad inquebrantable y de la determinación. Sería horrible que se resistiese. Ella lo sabe. Y entonces, ¿qué posibilidades quedaban?

¿Por qué no le habría dicho nada Stephen? Sí, ahora era demasiado tarde. ¿Por qué no habló aquella tarde bajo el árbol de Waikiki?

Con terrible descorazonamiento le parece comprender la razón.

¿No ha oído, acaso, unas reflexiones al respecto? Fue durante el té ofrecido por la señora Stanton, aquella tarde en que las damas del "mundo de los misioneros" recibían a las matronas del "grupo senatorial". La señora Hodgkins, una rubia enorme, había abordado el tema. Nitidamente recordaba todo: un amplio jardín, flores exóticas, servidores asiáticos deslizándose sin hacer ruido, murmullo de innumerables voces femeninas... Luego, en un grupo situado cerca de ella, el comienzo de una conversación trivial. Después, el enojoso asunto. Es la señora Hodgkins quien lo inicia. Ha pasado una larga temporada en los Estados Unidos, y desea conocer lo sucedido hasta entonces en el círculo de sus relaciones.

—¿Qué ha sido de Sussy Mydwell?—empezó a preguntar.

—Ya no la vemos más desde que contrajo enlace con Willy Kupel—repuso una dama isleña.

La esposa del senador Behrenn expresó su deseo de conocer el motivo por el cual el matrimonio de Sussy Mydwell tuvo la virtud de alejarla de sus relaciones.

—Hapa-haolé—le respondieron—. Su esposo era mestizo, y nosotros debemos pensar, ante todo, en nuestra descendencia.

Dorotea se vuelve hacia su padre, decidida a ponerle a prueba.

—Papa, ¿nos podría visitar Stephen, si viniera a los Estados Unidos?

—¿Quién? ¿Stephen?

—Sí, Stephen Knight. Tú le conoces. ¿No acabas de decirle adiós hace un momento? Si por casualidad llega a encontrarse alguna vez allá, ¿podrá ir a vernos?

—¡Por supuesto que no!—replica secamente Jeremías Sambrooke—. Es un hapa-haolé. ¿Sabes tú lo que eso significa?

—¡Oh!—exclamó Dorotea, sintiéndose desfallecer y perdiendo toda esperanza.

Stephen no era un hapa-haolé; ella está segura. Sin embargo, parece ignorar que el sol de los trópicos corre por sus venas. Y esto es suficiente para impedir su matrimonio con una mujer blanca. ¿Qué ridículo mundo!...

El honorable A. S. Cleghorn estaba casado con una princesa negra de auténtica sangre somalí. Considerábase un honor, y las más encopetadas señoras del estrecho círculo de los misioneros asistían a sus tes.

¿Y Stephen? Nadie encontró censurable que la enseñase a tripular un surf-board, ni que la condujese de la mano por los peligrosos senderos del cráter Kilone. Podía comer con ella y con su padre, danzar con ella, salir con ella, formar parte del Comité de agasajos, hospedar visitantes; pero desde que corría por sus venas el sol tropical, le estaba impedido casarse.

Nada descubría en él su condición de criollo. Era necesario estar prevenido para saberlo. ¿Era un hombre tan hermoso! Su rostro se esfuma del recuerdo de Dorotea, mientras adquieren nitidez, en la memoria de la joven, las líneas soberbias de su cuerpo, sus espaldas admirables, el vigor con que la sube a caballo o la remolca a la punta de un alpenstock sobre la rugosa cresta de lava de la Casa del Sol. Además, conoce una emoción sutil y misteriosa, que empieza a sentir con la vecindad de Stephen. Es la atracción del hombre en la plenitud de su fuerza viril.

Readquiere conciencia de sí misma y enrojece de vergüenza ante sus pensamientos. Una ola de sangre afluye a sus mejillas, para retirarse luego lentamente, y una palidez mortal cubre su semblante cuando piensa que nunca volverá a ver al muchacho. La roda del buque penetra en el mar y la proa comienza a deslizarse por el golfo.

—He aquí precisamente a Stephen—le anuncia su padre—. Dile adiós, Dorotea.

Stephen levanta hacia ella sus ojos ardientes. Brilla en su cara una expresión nueva. El júbilo ilumina las facciones del muchacho. Dorotea siente que él le está leyendo en el alma.

Por los aires repercute la canción:

¡Para ti, amor mío!

¡Que mi amor te acompañe hasta nuestro próximo encuentro!

Alrededor de Dorotea, los pasajeros arrojan flores a los amigos que quedan allí.

Stephen, con las manos extendidas, le dirige miradas suplicantes. Ella trata de sacarse la guirnalda que le rodea el cuello; pero la guirnalda se enreda en su collar de perlas de Oriente, que le regaló un rey del azúcar cuando la acompañaba, con el padre, hasta el embarcadero.

Tironea las perlas trabadas en las flores. El buque comienza a acelerar su velocidad. Stephen está aún próximo a ella. El instante es todavía propicio; dentro de pocos segundos será demasiado tarde. Exhala un suspiro. Jeremías Sambrooke la mira con aire interrogante.

—¡Dorotea!—dice secamente.

Ella arranca, por fin, el hilo, y las flores caen sobre el joven enamorado, que espera, ansioso, en medio de una lluvia de perlas. Ella lo mira. Bien pronto se oscurecen de lágrimas sus ojos. Oculta el rostro contra la espalda de Jeremías Sambrooke, que, apartando un instante sus amadas estadísticas, se pregunta con asombro por qué las muchachas se empeñan en crecer.

La multitud sigue entonando la melancólica canción. A medida que el vapor se aleja, se extinguen las notas ensuales y lánguidas que siguen llegando al corazón de la niña, cantantes y cáusticas:

Aloha oe, a'oha oe, e ke anaona no ho ika lipo:
abracémonos tiernamente, ahoi ae au,
¡hasta nuestro próximo encuentro!



Veritas

BARRA,
ESTUCHE CARTÓN,
1,25
ESTUCHE METAL,
1,50
NUEVO, DE ROSCA,
2,50
Timbre aparte

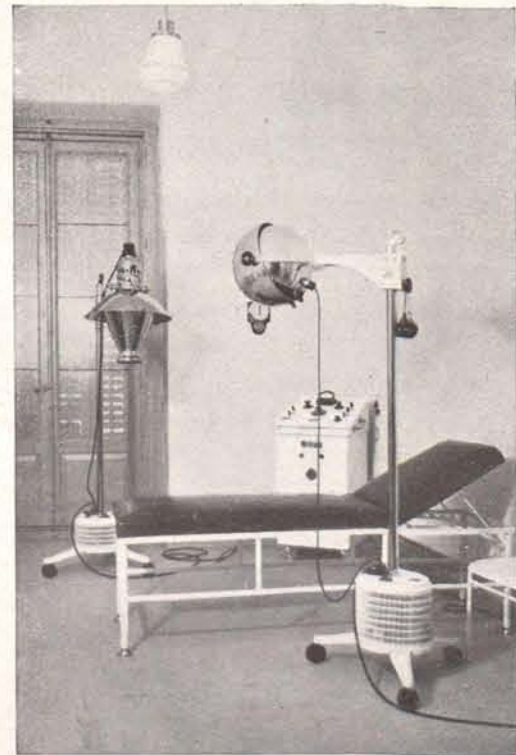
Jabón GAL

para la barba

Lo más práctico para afeitarse
sin molestias, por su espuma
suave y persistente

"HERMES"

MUTUALIDAD INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE
SEGURO CONTRA ACCIDENTES DEL TRABAJO



Vista de la Sala de Electricidad Médica, del Consultorio de "Hermes"

Marqués de Valdeiglesias, 8

TELÉFONOS. { Oficina 27916-17
Dirección 27914
Clínica 27915

UN VIAJE DE CINCO AÑOS EN LA ZONA ARTICA



La prueba del lapón Andrés Bahr

El cable—ese gran chismoso internacional, que suele emplear para sus historias un número de palabras inverso al interés de la misma—nos relató hace unos días un hecho de una inmensa sugestión: el Gobierno canadiense, preocupado por el hambre y la miseria que sufrían los esquimales del delta del Mackenzie, decidió regalarles una punta de tres mil renos, que compró a uno de los hombres más ricos de Alaska. La conducción de los renos desde su querencia hasta el delta del Mackenzie estuvo confiada a un célebre pastor, quien demoró cinco años en la empresa.

Ejemplo conmovedor de preocupación por el bienestar general el que acaba de dar el Gobierno canadiense al acudir en auxilio de una tribu inofensiva, que nada significa en la vida política de la nación, que ni siquiera vota... No muchos países podrían contar en su haber con actos tan altruistas y de tan escaso rendimiento electoral.

Pero si sugestivo es el hecho en sí, lo es mucho más la hazaña del pastor que realizó el fantástico viaje por la zona del "gran silencio blanco", como le llamaba Jack London, aquel borracho genial y andariego que tan bien conocía las vastas soledades árticas. Durante cinco años nada supo el mundo civilizado de Andrés Bahr, que así se llamaba el pastor de renos que llevó los animales hasta su destino. Ya se le creía muerto, sepultado con todos sus renos en algún ventisquero, o cubierto por uno de esos huracanes de nieve que soplan sin intermitencias desde el Polo próximo. Pero Bahr, como uno de esos héroes mitológicos de Kalevala, contra los cuales no prevalecen las furias de la Naturaleza, logró llevar a feliz término la temeraria empresa. Durante cinco años, Bahr—sin más brújula que su fino instinto de lapón y teniendo casi en su cenit la Osa Menor—se orientó en la interminable noche polar—pues no viajaba durante el verano—, y llegó un buen día a la desembocadura del Mackenzie, en donde ha sido recibido como un verdadero enviado del cielo.

Transcribimos a continuación una breve descripción de este viaje hecha en el Evening Standard, de Londres:

"Un pequeño lapón, todo arrugas, de más de sesenta años de edad, se acerca al fin de su viaje, que se ha hecho casi legendario.

El 16 de diciembre de 1929 abandonó Nabogtoolik, villorrio esquimal próximo a la Punta del Elefante, en la Alaska Occidental, con un rebaño de tres mil renos.

Debía conducir sus animales hasta Kittigazuit, una pen-



Debía conducir sus animales hasta Kittigazuit, una península al Este del delta del Mackenzie, a dos kilómetros de Nabogtoolik, más allá de las planicies heladas del Artico.

ínsula al Este del delta del Mackenzie, a dos mil kilómetros de Nabogtoolik, más allá de las planicies heladas del Artico. Ahora que su viaje está casi terminado, sólo le resta hacer unos cien kilómetros para llegar a la península, en donde se le espera desde hace años.

En efecto, los esquimales que viven en el delta de Mackenzie están amenazados desde hace diez años por la más terrible de las muertes: no tienen nada que comer, porque la ballena y la morsa han desaparecido de esos parajes.

Ahora bien: el Gobierno canadiense había decidido resolver ese problema introduciendo en Kittigazuit rebaños de renos.

Los rebaños más próximos y más conocidos eran los de los hermanos Loman. Se eligieron entre ellos tres mil animales, y se encargó a Andrés Bahr, lapón de nacimiento y norteamericano de adopción, y a quien se considera en el Norte como el mejor pastor de renos, para que los condujera a buen puerto. Bahr no dudó en aceptar esta tarea, bien que dejaba con pena su apacible retiro de Seattle.

La orden fué dada en 1929. Los hermanos Loman declararon que el pago no se efectuaría sino en el momento en que los renos llegaran a su destino. Bahr se encargó de esta manera de un trabajo que habría de exigirle cinco años y medio.

Varios aviones volaron previamente sobre la ruta y establecieron un mapa de las mesetas cubiertas de hielo, de la tundra negra, de los pantanos y de los ríos que arrastran témpanos. De esta manera, Bahr pudo trazar de antemano su recorrido. Tres lapones se fueron hasta la des-



Mientras duró el largo viaje de Bahr, hubo más nacimientos que muertes en el rebaño, y fueron más de tres mil los renos que llegaron a Kittigazuit.

embocadura del Mackenzie para preparar los pastoreos y los lugares cerrados que necesitan los renos. El Gobierno canadiense creó para los renos una reserva de diez mil kilómetros. Se previno, sin embargo, a los esquimales que la espera sería larga, y ellos se corrieron un ojal más de su cinturón, dispuestos a no vivir de otra cosa que de algún trozo de morsa o de foca.

Los renos de Bahr sólo podían adelantar en invierno. El sol no se pone en verano en las regiones árticas y las aguas de la llanura están de tal modo infectadas de moscas y mosquitos como no se los ve ni en los trópicos. A cada momento se corre el riesgo de caer en un pozo. Por otra parte, es la época del celo, y los renos no podrían desplazarse en esos momentos.

Mientras duró el largo viaje de Bahr, hubo más nacimientos que muertes en el rebaño, y fueron más de tres mil los renos que llegaron a Kittigazuit.

Es muy lentamente como avanzan los renos, buscando bajo la nieve la parsimoniosa vegetación de la tundra.

Su camino pasó por la altiplanicie del Yukón, al norte de las montañas Rocallosas. En el invierno de 1932-1933, Bahr y sus renos atravesaron el círculo polar ártico, en plena noche ártica, guiados por las estrellas y la aurora boreal.

Las temperaturas sobre los cinco grados inquietaban a Bahr como si se tratara de grandes calores. Pero lo frecuente era que el termómetro marcara treinta y cuarenta grados bajo cero.

El Gobierno canadiense fijará el número de renos que podrán ser muertos cada año, a fin de que los esquimales no vuelvan a conocer el hambre.

En cuanto a Andrés Bahr, volverá a su retiro de Seattle."



Peinado ejecutado por el Sr. Molina, que obtuvo el primer premio en el Concurso Nacional de Permanente y al Agua.

PELUQUERIA DE SEÑORAS
MOLINA

Rosalía de Castro, 40. Teléfono 20972

¿De dónde viene el nombre de germanos?

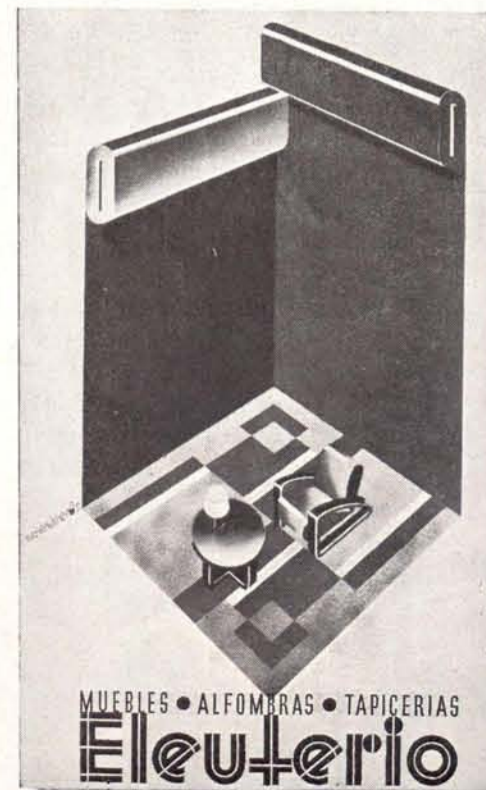
Se sabe que la cuestión de la etimología exacta de la palabra "germano", o, mejor aún, de la aplicación de esta palabra a las tribus que los romanos encontraron en país renano, no está todavía resuelta de una manera satisfactoria. Un estudio de Fisher-Crailsheim, aparecido en el último número de las *Blaetter des Schaebischen Alpenvereins*, aporta una nueva e interesante contribución para resolver este problema.

El autor determina allí, ante todo, las vías por las cuales la palabra "germanus" llegó a conocimiento de los romanos. Tácito afirma en su *Germania* que esta palabra es relativamente reciente y que primitivamente sólo designaba la tribu de los Tongres (la ciudad de Tongres, en Bélgica, debe su nombre a este pueblo, que había emigrado, hacia el año 100 antes de nuestra era, a la orilla izquierda del Rin).

Y ocurre que el nombre "tongre", en su forma original "tung" (se encuentra todavía esta última en el inglés y el alemán de la Edad Media), significa parentesco, agregación, coalición. Y como la palabra latina "germanus" tiene más o menos el mismo sentido (camarada de tribu, hermano o primo, etc.), es más que probable, según Fisher-Crailsheim, que los galos germanizados hayan traducido el nombre de los "tongres", sus enemigos victoriosos de la orilla izquierda del Rin, por una palabra latina que tuviera el mismo sentido: precisamente por la palabra "germanus".

"Si es lamentable—concluye Fisher-Crailsheim—que no tengamos un término germánico para designar a nuestros antepasados, consolémonos, por lo menos, pensando que el nombre de los germanos no es más que la traducción de una palabra que indica, en nuestros abuelos, la existencia de un sentimiento profundo del parentesco de la sangre. Simbolizando en cierta manera y por anticipado la historia del milenario que se iniciaba, esta palabra marca el comienzo de una evolución en la cual el espíritu nórdico puro debía ser ahogado por las formas y las fórmulas de la civilización romana occidental.

(Kreuz-Zeitung, Berlín.)



FUENCARRAL, 14
APARTADO 12318

TEATRO

La dirección artística de los espectáculos teatrales

España es un país alegre. Los problemas de importancia más impresionante encuentran en la viveza imaginativa de cualquier celtibero apostillado chistoso, glosas bienhumoradas, que lo desnudan de vestimenta trágica y zarandeando su esqueleto por mesas de cafés y corrillos de eternos desocupados en un ágil peloteo de palabras puntiagudas de ingenio. Esta alegría española, cuyo origen habría que buscarlo, posiblemente, en las características geográficas, etnográficas y climatológicas de la Península, tiene su exponente más inconcebible en las empresas teatrales, o dicho más propiamente, en la concepción, desarrollo y resultados, naturalmente, de casi toda idea de arte dramático.

Ante el balance desastroso de la temporada oficial de un coliseo madrileño cualquiera—existen, claro está, casos muy limitados de discreta solvencia, para los que guardamos el leve hueco de la excepción—, uno siente pruritos de meditación, ansias de análisis, que le lleven a conclusiones de realidad disparatada. Frecuentemente, ante el planear impresionante de un director de compañía, que al cabo de siete u ocho meses de actuación en la capital de la República esgrime como bandera de infortunio el resultado desconsolador de sus fracasos económicos, uno siente el deseo de preguntarle: "¿Pero qué pensaba usted? ¿Cuál fué su idea al erigirse en numen de una empresa de arte? ¿A qué proyectos inteligentes iban encaminados sus afanes? ¿Dónde están marcadas las líneas sensatas de sus propósitos? ¿Quién le otorgó a usted patente de suficiencia para afrontar las responsabilidades de semejante cruzada? ¿En qué títulos apoyó usted la pretensión absurda de asumir funciones para las que se necesitan una preparación, una cultura y una sensibilidad de las que usted no tiene la menor idea?" Y sería curioso, por lo que habría de tener de revelación sorprendente cada respuesta, someter al tormento de estas sencillas preguntas a tantos y tantos directorcillos de empresas teatrales como florecen en el clima dramático español, a costa, por supuesto, de la claudicación vergonzosa de la dignidad y del decoro, que son, o deben ser, perfiles de mayor relieve en toda manifestación de arte.

Es pintoresco, cuando el pintoresquismo logra esfumar los tonos encendidos de la irritación, observar la osadía irreflexiva que anima, de manera casi general, la formación de un espectáculo dramático. Analicemos un caso, que si bien no podría determinarse en un nombre concreto, porque sus antecedentes no los hemos buscado en la historia real de esta o aquella persona, es, desde luego, aplicable a la mayoría de las figuras que ocupan actualmente el primer plano de las actividades escénicas. Un actor, o una actriz—el sexo no varía nunca los resultados de nuestro ejemplo—trabaja desde hace algún tiempo como parte secundaria en el elenco de tal o cual teatro. Un malhadado día a dicho actor o a dicha actriz les toca en la lotería de los repartos un papelito afortunado. La noche del estreno, la "claque"—valerosa legión de forjadores de éxitos—inicia en su honor el primer aplauso personal, directo, de su carrera artística. El público, un poco por sentido magnánimo de la justicia y un mucho por razones patológicas de contagio, secunda el palmtreeo con insistencia suficiente para que el actor o la actriz dibujen en sus rostros una sonrisa emocionada y se curven en una reverencia impertinente y excesiva. Esta ovación, que con un sentido elemental de lo discreto serviría únicamente como estímulo de realizaciones sucesivas, como acicate para lograr creaciones más afortunadas, es en nuestros comediantes picotazo que estremece sus carnes y sus espíritus en un síncope de vanidad. Si al siguiente día algún crítico generoso incurre en el pecado—¡harto frecuente, ay!—de llamarles ilustres al actor o a la actriz, al escribir la reseña del estreno, entonces la vanidad del comediante se hace virulenta, agresiva, ¡insoportable!—las admiraciones son absolutamente precisas—. Desde aquella noche, el actor o la actriz se consideran insustituibles, geniales, semidioses de la religión dramática. Miran con altanería desdeñosa a sus compañeros de trabajo; se almidonan el cuerpo de superioridad; se ahogan, en fin, en el marco reducido de sus puestecitos de segunda o de tercera categoría, y ya no tienen otra idea que la de entumescerse, hacerse figura de primer plano, formar compañía propia y erigirse en brújulas orientadoras de los vientos del arte.

Fieles a este deseo, que desde entonces es razón única de sus afanes, van consumiendo su



P o r A L F R E D O M U Ñ I Z

vanidad en incorporaciones desmayadas de entusiasmo, desnudas de ilusión, grises de arte, hasta el instante venturoso en que una circunstancia cualquiera de tipo económico mete en sus bolsillos esas milagrosas cinco o seis mil pesetas que sirven en España para dar los pasos decisivos en toda empresa teatral. Con este dinero forman su compañía; editan unos programas en los que la falta de plan artístico a desarrollar se compensa siempre con el tamaño excesivo de las letras que componen el nombre propio; se alquila un teatro en Madrid y... ¡ya ha tomado cuerpo de realidad la ilusión! ¡Ya son, el actor o la actriz, primeras figuras! ¡Ya ostentan en el humilde uniforme de su carrera los entorchados gloriosos de capitanes generales! ¡A hacer arte se ha dicho!

¡Arte! ¿Pero qué entienden ustedes por arte, señores míos? ¿Qué idea tienen ustedes del conjunto de reglas o preceptos que son necesarios para lograr realizaciones artísticas? Arte quiere decir, entre otras cosas, conglomerado de procedimientos, sometido a disciplinas de sensibilidad, para obtener resultados de belleza determinada. Y ustedes, ¿qué saben de eso?

Y así, con ese optimismo inconsciente, con esa alegría pueril de nuevos ricos del arte, de capitanes de una batalla que desconocen por completo, se encaraman de un salto inconcebible en las cumbres de la responsabilidad dramática. Seleccionan el repertorio, sancionan con su aquiescencia o con su desdén las comedias que caen en sus manos, dirigen los ensayos; se convierten, en una palabra, en númenes de orientaciones de arte.

Y no les hable usted de la conveniencia de declinar estas funciones en una persona de inteligencia solvente, de preparación adecuada. Que si tal hiciere, le abrumarán con una carcajada de estúpida ironía y le lanzarán al rostro la respuesta siguiente: "¡Tráigame usted una obra de Muñoz Seca, y ya le demostraré yo si entiendo de arte!"

Este es, lector, el panorama actual de las direcciones artísticas de los espectáculos teatrales.



ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—Pues verá usted: lo ocurrido en Fontalba es lo siguiente. D. Emilio Hernández Pino inició sus actividades de empresario con una alocada generosidad en el capítulo de gastos. Le asignó doscientas pesetas diarias de sueldo a María Fernanda Ladrón de Guevara; idéntica cantidad a Rafael Rivelles; poco menos de la mitad a Carmen Ortega; y poco más de la mitad a Paco Alarcón; la mitad y algo más a Soto... Total, que para hacer frente a la nómina del teatro Fontalba era necesario ser Urquijo. Y, claro, como el Sr. Hernández Pino no es Urquijo, llegó un día en que la nómina se levantó ante él como una muralla infranqueable. Entonces...

—¿Qué pasó entonces?
—Que el Sr. Hernández Pino hubo de abandonar el negocio.

—¿Y quién le ha substituído?
—Parece ser que el propio Rafael Rivelles. Pero, eso sí, haciendo previamente una poda despiadada en el presupuesto: ha sometido a los artistas al tormento espantoso de cobrar únicamente cinco sueldos a la semana; ha despedido a algunas figuras...

—¿Y se han conformado?
—Los incurso en la medida de los cinco sueldos por semana, sí, se han resignado—los tiempos no están para rebeldías—; ahora, los despedidos piensan defenderse, según mis noticias... Por ejemplo, Carmen Ortega, a la que, en virtud de un contrato, le faltan por cobrar cerca de 15.000 pesetas de sueldos, no creo que se conforme así como así. Que para algo sirven todavía los Tribunales.
—¿Y Amparo?
—Continúa ensayándose.
—¿Llegará a estrenarse?
—Con las medidas adoptadas, es de esperar que sí.

—A Carmen Díaz le leyeron los hermanos Cueva.

—¿Una comedia?
—¿Pues qué quería usted que le leyeran?... Una comedia, y de ambiente andaluz, por más señas.

—¿Le gustó?
—No. A Carmen Díaz no le gusta nada de lo que le lean por primera vez. A la octava o novena lectura, cuando los autores han escrito nuevamente las escenas segunda, quinta, sexta y última del acto primero; cuando el final del segundo acto termina sin que haya en escena otro personaje que la protagonista; cuando se le ha quitado al papel del galán ésta, aquélla y la otra frase, para ponerla en boca de la dama—la dama es siempre Carmen Díaz—; cuando, en fin, el personaje que ella ha de representar ha logrado apropiarse de todos los efectos que los autores repartieron equitativamente en la obra, empieza a parecerle viable la comedia.

—¿Qué ansiosa!
—También le leyó una obra Luis Fernández de Sevilla.

—¿El autor de *Estudiantina*?
—El mismo.
—¿Y tampoco le gustó?

—Tampoco. Aunque, como siempre, a unos y a a otro les dedicó al final de la lectura su carcajada más sonora y les prometió el estreno inmediato de sus respectivas obras. Y mientras, a ilusionarse pensando en el triunfo clamoroso que va a obtener interpretando *María la famosa*.

—¿Pero va a reponer esta comedia?
—Dentro de breves días. Y hace muy requetebién, que esos son los tipos que le van a ella, y no los de obras como *La Dorotea*, tan distantes de sus posibilidades interpretativas.

—Días pasados me prometió usted hablarme de *La Papirusa*.

—Tiene usted razón. Y por si la promesa que le hice no fuera bastante, a ella debo añadir el ruego de un grupo de argentinos, venidos expresamente de Buenos Aires para hacerme entrega de un escrito de protesta.

—¿A santo de qué?
—A santo de *La Papirusa*. Atravesando las procelosas aguas del Atlántico, ha llegado hasta ellos la noticia de que Leandro Navarro y Adolfo Torrado afirman muy serios que *papirusa* quiere decir mariposa en léxico platense.
—¿Y no es cierto?

—¡Qué ha de serlo! *Papirusa* quiere decir mujer "guapa", "bonita", "linda". Pero "mariposa", ¡de ninguna manera! La "plancha" es tan garrafal, que, ya lo sabe usted, amigo: la "Academia de la Lengua Maleva" ha decidido en su última sesión excomulgar a don Leandro Navarro y a don Adolfo Torrado... ¡por indocumentados!

—¿Sabe usted lo de María Bru?
—¿Que va a ingresar en el elenco del Benavente?

—Sí, eso.
—Pues ya ve usted que lo sabía. Generalmente suelo estar bien enterado de noticias teatrales.
—¿Está usted seguro?
—¡Segurísimo!

—Entonces ¿sabría usted también...?
—¿Que en el Benavente hay mar de fondo? ¿Que Milagros Leal y Salvador Soler Mari...? ¿Que Pepe Isbert...? ¿Que cierta comedia que iba a...? Lo sé todo, amigo mío; absolutamente todo. Pero ¡cuidado! No compongamos las cosas excesivamente. Ya verá usted, si la comedia de Manzano, recién estrenada, da dinero, cómo todo ese mar de fondo termina en una deliciosa calma chicha.

—¿No sé! ¡No sé!

—¿No le parece a usted, querido compañero de diálogos, que va siendo ya demasiado eso de *La del manojito de rosas*?
—En efecto; es demasiado manojito y demasiadas rosas. ¡Ni que se tratara de la mismísima *Revoltsa*!

—Al teatro Lara va muy poca gente.
—¿Razones?
—¡Vaya usted a saber! A lo mejor, es que no ha tenido éxito *Estudiantina*.
—¿Querrá usted decir a lo peor.
—Si usted se empeña...

—Al teatro de la Comedia va poquísima gente.
—Y eso ¿a qué obedece?
—No lo sé; pero presumo que es porque *Los Sandovales* no gustó mucho.

—Usted, siempre presumiendo.
—Sí, señor; presumiendo, que es gerundio.

—Al teatro Cómico—feudo actual de doña Carmen Díaz—no va ni un alma.

—¿Qué me dice?
—Lo que usted oye.
—Pues no me lo explico. ¿Y por qué no va ni un alma al teatro Cómico?

—¿Quiere usted saberlo?
—Sí.
—¿Me promete no divulgar la noticia?
—Prometido.

—Porque doña Carmen Díaz está ya muy vista en Madrid. Si yo fuera amigo suyo, le aconsejaría que emprendiese una turné de varios años por las Repúblicas de Centroamérica. Seguramente haría un magnífico negocio.

—Aviso a los empresarios: "Don José Antonio Balbontín, distinguido diputado de las Cortes constituyentes, está organizando una compañía para estrenar todas sus comedias—no sabemos si son muchas o pocas—, al frente de la cual marchará a provincias dentro de breves días." Ya lo saben ustedes: el quiera picar, que pique.

—¿Cómo marcha el negocio en el Muñoz Seca?

—El Muñoz Seca, ¿qué es?
—Un teatrillo que hay en la plaza del Carmen.
—¡Ah, sí! Ahora recuerdo. Pues no tengo ni idea.

—¿Lo de Lola Membrives?
—Firmado por ambas partes. El día 28 del mes en curso se presentará la ilustre actriz, al frente de sus huéspedes, en el Coliseum.

—¿Le gusta el asunto?
—Un poco extraviado está ese teatro; pero ¡Lola Membrives es mucha actriz, amigo mío!

F E I T O

Breve temporada de ópera en el Calderón

Han querido los hados musicales llenar el vacío inconcebible que venían registrando las estadísticas teatrales en el preeminente lugar de la ópera, ofreciéndonos una breve temporada de *bel canto*, realizada con mayor fortuna que generosidad en la extensión de los programas.

El corto número de funciones dadas en en el teatro Calderón ha evidenciado una vez más la predisposición del público madrileño para coronar con brillantez de asistencia todo esfuerzo encaminado al resurgimiento de un arte al que otorgó siempre su entusiasmo más decidido. ¿Por qué, entonces, esta ausencia tan dilatada de la ópera en los teatros de Madrid? He aquí una pregunta que dejamos vagando por los mares de nuestra incompreensión, en busca de una respuesta razonada.

Las óperas cantadas hasta ahora son de la más pura escuela italiana, que es la que, a pesar de todo, sigue cautivando a los *dilettanti*. *La Traviata*, *Rigoletto* y *El barbero de Sevilla* conservan al través del tiempo su inmarcesible encanto melódico, tanto más cuando son interpretadas por artistas tan eminentes y especializados como Angeles Oteín, cuya voz deliciosa se alía con una escuela de la más preclara estirpe; Antonio Cortis, el gran tenor, hasta ahora tan desconocido en Madrid como popular en los Estados Unidos; Celestino Sarobe, uno de los mejores barítonos en carrera, discípulo predilecto de Battistini; Baltasar Lara, tenor lírico de voz muy grata y estilo correcto; Pepita Velázquez, mezosoprano de tan halagüeño presente como venturoso porvenir; Gabriel Olaizola, el afamado bajo, y, en fin, cuantos intervienen en esta temporada, cuyo único defecto es su brevedad.

Hagamos una mención de honor para el veterano maestro Villa, que al frente de la orquesta ha revivido sus buenos tiempos del Real.



Dentro del movimiento comercial de toda grande urbe hay siempre una serie de negocios que, sin tener la espectacularidad y visibilidad de los que se dedican a la venta de artículos de consumo general, son, sin embargo, de un volumen enorme y mueven grandes capitales.

Desde luego, toda esa actividad no se la percibe de primera intención: es una riqueza cuyo mecanismo de movimiento no es el mismo que el de un almacén o una sala de espectáculos, en los cuales su importancia se mide por la cantidad de público que afluye a esos locales.

A esta especie de negocios pertenecen todas aquellas casas que mantienen relaciones con el Municipio y demás personas jurídicas, ya sea en su calidad de proveedores y abastecedores, ya en el de licitadores a construcciones y demás obras públicas.

En algunos países del Nuevo Mundo, tales casas suelen ocupar locales cuya fastuosidad no siempre está en relación directa con el incremento de los negocios. Pero no es esa nuestra modalidad, como no lo es tampoco la de ningún país de Europa.

Gozan estas casas de un amplio crédito ante los Poderes públicos, y el hecho de que el Estado recurra a ellas para realizar sus diversas obras públicas o para abastecer sus distintas dependencias revela el afianzamiento de las mismas y la confianza que inspiran.

La serie de casas de este tipo que enumeramos a continuación pertenecen a nuestro comercio madrileño, y son todas ellas un exponente de la potencialidad económica de la Comuna y un índice revelador de la cuantía de los intereses particulares que deben mover los Poderes públicos para realizar la gestión que el pueblo le ha encomendado:

OCHANDARENA HERMANOS, materiales eléctricos, Esparteros, 12 y 14; ALMACENES DE PAPEL Y OBJETOS DE ESCRITORIO, C. Jerónima, 31; LUBRIFICANTES ALBANY, Florida, 12; FAUSTINO GONZALEZ, cocinas y estufas, A. Figueroa, 41; RUDY MAYER, archivadores de acero, Montera, 28; FRANCISCO BRAOJOS HERREROS, neumáticos, herramientas, lubricantes, Jorge Juan, 19; HIJA DE ALFONSO GARCIA, básculas, balanzas y arcas para caudales, Paseo del Prado, 24; LUIS VINARDELL, mosaicos, aparatos sanitarios, azulejos, Paseo del Prado, 24; M. GUISERIS, grabados, Montera, 41; CRISTAL MADRID, S. A., fábrica de espejos, artículos sanitarios, plaza del Angel, 11; G. DE AGUIRRE, talleres mecánicos, Churruca, 18; RAIMUNDO SIMON, grabador, sellos de caucho, Mayor, 1; VICENTE RICO, S. A., serpentinas, globos, guirnalda, etc., Concepción Jerónima, 35 y 37; EL ARCA DE NOE, papelería y objetos de escritorio, Pez, 2; TORDSILLAS Y BRANAS, bazar médicoortopédico, Mayor, 31; GUILLET, HIJOS Y C.ª, maquinarias para trabajar la madera, Fernando VI, 23; JUAN ZORNOZA, tejidos y lanas, Arenal, 20; TINTAS PARA IMPRENTA Y LITOGRAFIA, S. A. E., Santa Engracia, 24; AUTOGENA MARTINEZ, S. A., Vallehermoso, 15; EQUIPO BOSCH, acumuladores, Viriato, 20; ACUMULADORES TUDOR, Almagro, 16 y 18; CASA TRIPLETORO, correas, Claudio Coello, 6; HISPANO-SUIZA, automóviles, Conde de Peñalver, 18.



Maquinaria Herramientas

PARA

TRABAJAR LA MADERA

LIJAS
MOTORES
aceros eléctricos
UGINE

GUILLET HIJOS Y Cía.
Fernando VI, 23. :: MADRID



Casa Triple Toro

Correas # Mangueras

Claudio Coello, número 6

ACUMULADORES



TUDOR

La marca nacional más antigua y acreditada
ALMAGRO, 16 y 18. :: MADRID

RUDY MAYER

ARCHIVADORES DE ACERO

LA MEJOR CONSTRUCCION

MONTERA, 28. MADRID

Accesorios para automóviles

PIEZAS DE RECAMBIO
FORD-CHEVROLET

Francisco Braojos Herreros

NEUMATICOS
HERRAMIENTAS
LUBRIFICANTES

JORGE JUAN, 19.-TEL. 54.158
MADRID

FAUSTINO GONZALEZ

CONSTRUCTOR DE COCINAS
ESTUFAS Y TERMOSIFONES
AUGUSTO FIGUEROA, 41

Talleres exclusivos de rectificación
cigüeñales y bloques de cilindros de
toda clase de motores, bombas, et c

G. de Aguirre

Maquinaria moderna especial
Churruca, 18 - Madrid - Tel. 19975

Maquinas pulidoras de cilindros

Bazar Médico Ortopédico

Tordesillas y Brañas

Instrumentos de cirugía de las mejores
marcas :: Bragueros :: Medias para
Varices :: Fajas ortopédicas especiales

Mayor, 31 (43 antiguo) :: Tel. 19338
MADRID

Tintas para imprenta
y litografía, S. A. E.

MARCAS Y PROCEDIMIENTOS

Ch. Lorilleux y Cía.

Santa Engracia, 24 MADRID

AMSA

AUTOGENA MARTINEZ, S. A.

Oxigeno - Acetileno - Aparatos
para soldar - Extintores
de incendios

Fábricas en MADRID y VALLADOLID
Vallehermoso, 15 :: Teléfono 33959

Labores :: Materiales :: Mercería :: Novedades

ALMACEN DE

Juan Zornoza

Especialidad en alfombras de nudo

Arenal, núm. 20 :: Tel. 13201 :: Madrid

Equipo Bosch

S. A.

Viriato, 20. :: Teléf. 32467

LA HISPANO-SUIZA

Fábrica de automóviles, S. A.

Automóviles industriales y de turismo

Motores de aviación

BARCELONA MADRID
Av. C. Peñalver, núm. 16

RAIMUNDO SIMON

FABRICA DE SELLOS DE CAUCHO
GRABADOS NUMERADORES
FECHADORES-IMPRESILLAS, ETC.
MAYOR, 1 TELEFONO 13763 MADRID

OCHANDARENA HERMANOS

SOCIEDAD LIMITADA

ALMACEN DE MATERIAL ELÉCTRICO
METALES CRISOLES HORNOS FERRETERIA
PARARRAYOS TELEFONOS TIMBRES

CALDERERIA Y HERRAMIENTAS
ESPARTEROS, 12 Y 14 - MADRID - TELEFONO 11002

PARATROFINA

Esta especialidad lleva disueltos en la parafina líquida los principios activos del extracto Belladonna, al aumentar el peristaltismo, cura el estreñimiento.

Luis Vinardell

MOSAICOS HIDRAULICOS
APARATOS SANITARIOS
AZULEJOS

Paseo del Prado, 24 - Madrid

Fábrica de Básculas, Balanzas
y Arcas para caudales.

Hija de Alfonso García

TALLERES:
Platería Martínez, 2.-MADRID
EXPOSICIÓN Y DESPACHO:
Paseo del Prado, 24.-Teléfono 10215

M. GUISERÍS

GRABADOR
SELLOS CAUCHO
RÓTULOS ESMALTADOS
41, MONTERA, 41 MADRID

Tinta Martz

Para todos los usos, Stilográficas y corrientes, y especial para
APARATOS MULTICOPISTAS
DE VENTA EN PAPELERÍAS

Fábrica en Madrid: Aduana, núm. 23.-Teléfono 13132

CRISTAL MADRID, S. A.

FABRICA DE ESPEJOS

Toda clase de cristalería para edificios e instalación y decoración de establecimientos comerciales

ARTICULOS SANITARIOS

FABRICA:
Verraz, 104 - Teléfono 32653

OFICINAS Y DESPACHOS:
Plaza del Angel, 11 y Atocha, 45 y 47 - Tel. 26533

Almacén de Papel y Objetos de escritorio

GARRANTIZADO



COMERCIO DE MADRID

Proveedor del Ayuntamiento de Madrid
Concepción Jerónima, 31 :: Teléfono 71612.-Madrid

CONFETTI - SERPENTINAS

gorros de papel - objetos de cotillón
faroles - globos - guirnalda

CATALOGO GRATIS

Vicente Rico - S. A.

Concepción Jerónima, 35 y 37 - Tel. 72417

"Lubricantes ALBANY"



18 NUEVA YORK 68

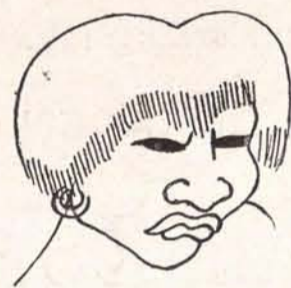
Aceites y Grasas para
Automóviles, Camiones,
Tractores y demás
servicios industriales.

OFICINAS:
Florida, 12.-Teléf. 34905

ALMACENES:
Canarias, 16.-Teléf. 74168

MADRID

La expedición Iglesias al Amazonas



Nuevo descubrimiento de América

Indios Parintintís de la familia Tupi-Guaraní, situados entre el río Madera, Gy-Paraná y el Marmellos.

Una punta de derrotismo que le queda todavía clavada a una generación española, en trance de extinción, ha hecho que se diga por alguien que la Expedición Iglesias al Amazonas carece de importancia científica y hasta de gallardía y peligros materiales. Y para afirmar esta posición, que denuncia una impotencia mal intencionada, se alude a los cien libracos de los sedicentes exploradores que hasta en un Ford han hecho la travesía desde la Hoya Amazónica al Pacífico.

Tratemos de poner en punto la importancia de la Expedición Iglesias, empresa nacional, la más bella desde el punto de vista científico y juvenil que se ha emprendido en España en muchísimos años.

La travesía de la cordillera andina ha sido, en efecto, hecha millones de veces, a pie, a caballo, en automóvil y en avión, y hoy la puede emprender, sin el menor peligro, cualquier señorita deportiva, en la seguridad de que no va a tener ni siquiera los peligros que el pacífico fraile Rafael Ferrer tenía en el siglo XVI, cuando iba y venía a pie con regularidad desde Cuenca de Ecuador hasta el Pongo de Manseriche, por donde el Amazonas penetra, majestuoso y magnífico, en la llanura sin fin.

No trata la Expedición Iglesias de hacer la travesía de la cordillera, sino de alumbrar para el mundo culto y civilizado una de las pocas zonas ciegas que tiene aún el planeta. Los grandes afluentes septentrionales del Amazonas riegan esa zona ciega, que está absolutamente en blanco para la ciencia. Nada se sabe de su geología, ni de su meteorología, ni de su flora, ni de su fauna, ni de sus hombres, ni de su civilización. Una extensión superior a la de España permanece aún con el mismo velo de milenios que cubría a todo el Continente nuevo cuando España operó ese prodigio del descubrimiento y colonización de América. Su descubrimiento, referido al episodio a las dimensiones que la tierra tiene hoy para los hombres civilizados, referido al ecúmeno de cualquier hombre culto, tendrá una belleza semejante y una trascendencia pareja a la que tuvo el descubrimiento grande para los hombres de aquel tiempo.

En este momento, en que se observa entre los miembros de una generación que llevaba el pantalón corto y había fumado el primer pitillo cuando se declaró la guerra europea, un movimiento de recuperación del hilo tradicional, aún mejor, del sentido histórico de España, el capitán Iglesias y sus amigos, reclutados entre los equipos jóvenes más punteros y maduros en todas las disciplinas científicas, aparejan su nave para la gigantesca aventura. Gigantesca, sí. No aventura deportiva, inútil, sino heroica y se-

rena aventura en la que todo está previsto para evitar el peligro y la muerte, pero a la que no detendrá nunca ni la muerte ni el peligro.

Y para quienes crean que se trata de un episodio sin importancia en la historia del mundo, bueno será saber que dos o tres naciones, emuladas por el ejemplo, tratan de adelantarse a España. Dentro de unas semanas, en un astillero de Valencia, se le pondrán las cuadernas al *Artabro*, el barco de la Expedición, laboratorio flotante, en el que van instalados los servicios que pudieran montarse en una ciudad y que Iglesias y sus amigos van a llevar al corazón de la "no man's land", la tierra de nadie, donde ahora reinan el misterio y el silencio.

Y para quienes crean que no existe peligro, convendrá recomendarles que lean los periódicos de estos días, en los que se da cuenta de que prosigue la búsqueda, por las selvas brasileñas, del coronel inglés Mr. Fawcett, perdido en el Matto Grosso el año 1925, y del que se reciben noticias confusas de tarde en tarde. Todo el colosal poder del imperio británico, que cuando se pone al servicio de los suyos alcanza proporciones que nosotros no nos podemos imaginar, ha fracasado ante el minúsculo ejército de insectos, ante la noche amazónica, ante el misterio vegetal, ante la dimensión colosal de la selva. Hace nueve años que unos indios, sin más armas que sus cerbatanas y su flecha de bambú mojada en el "curare", el veneno que no mata e inmoviliza, el veneno que hará feliz a un cuáquero de la Sociedad de las Naciones, tienen en rehenes a un coronel de los ejércitos de su majestad británica. A las selvas del Matto Grosso no llegan los cañonazos de los barcos del imperio. Sobre el silencio milenario de la jungla no hay avión que se atreva a volar. Y el coronel inglés sigue perdido y vivo...

Pues bien: el Estado de Matto Grosso es un Estado con un gobernador, con autoridades y organización administrativa, con un Parlamento y un Gobierno, con un ejército... Y el territorio que van a recorrer en varias direcciones, por tierras y por ríos, los expedicionarios españoles, con sus microscopios, con su caja de acuarelas, con sus herbarios y sus aparatos de precisión, finos como insectos, metálicos y sensibles como antenas de un mosquito, es un territorio absolutamente salvaje, donde la Naturaleza devora cuanto cae en su seno y donde la selva se cierra detrás del caminante, que ha ido abriéndose camino a puro machete. Una vida inmensa y ávida, más destructora que la muerte misma, cela la virginidad del gran territorio que van a explorar los españoles.

Esta gran empresa nacional puede marcar un punto de partida para el espíritu español, decidido a arrancarse la última espina de escepticismo.